

norancia de los padres y procure redimir el porvenir de la podredumbre del pasado, gracias a que la maestra o el maestro ha sabido arrancar de su pecho, «ese impuro deseo de justicia, que aún le turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de él cuando le hieren».

Para realizar esta obra incomparable no tiene el maestro más que un instrumento directo, su emoción, y uno indirecto, sus ideas. La levadura que inmediatamente actúa sobre el alumno es la emoción del maestro: no tanto lo que dice, como el afecto con que lo dice es lo que mueve el ánimo del niño. La mujer, sobre todo, es el maestro por excelencia, porque en ella se concentran los sentimientos de la raza. Quizás el hombre vea y realice mejor el ideal: en lo que le gana la mujer es en la emoción del ideal. Desde que el mundo es mundo debe el hombre a la mujer haber sentido las emociones que luego marcan el rumbo de su vida.

Pero ya es hora de que aprendamos a sintetizar en beneficio del ideal este poder de la mujer. Si lo hiciéramos reservaríamos la escuela elemental, convertida en la función social más elevada, a corazones grandes, como el de Gabriela Mistral, que ya sabrían escoger a los suyos para continuar su obra.

RAMIRO DE MAEZTU

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Reperitorio Americano" se venden las siguientes:

Horacio Quiroga: <i>Historia de un amor turbio</i> . . .	¢ 4.00
L. Lugones: <i>Selección</i> (poesías) 1 folleto	2.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
Juan Zorrilla de San Martín: <i>El sermón de la paz</i>	6.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Sobre la propiedad de la tierra</i>	12.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Enseñanza secundaria</i>	8.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Sobre los problemas sociales</i>	6.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Nicolás Coronado: <i>Desde la platea</i> (nuevas críticas negativas)	4.00
Ricardo Sáenz Hayes: <i>De Stendhal a Gourmont</i> .	4.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.25
Arturo Capdevila: <i>La fiesta del mundo</i>	4.00
R. A. Arrieta: <i>Fugacidad</i>	4.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i> . . .	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i> . .	2.25
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	0.50

Magisterio y poesía

(De *El Sol*, Madrid).

CUANDO a los postres del ágape—nunca tan justificada la extensión de este vocablo—comido recientemente por un grupo de escritores españoles y americanos en la santa compañía de la maestra chilena Gabriela Mistral, otra maestra, María de Maeztu, nos contaba su humilde y errante vida, muchos pensábamos en Santa Teresa. Luego ella misma nos reforzó la sospecha de su parentesco espiritual con la Santa de Avila cuando con una dulce voz milenaria que parecía salir de las más profundas razas aborígenes de América cantó, más que leyó, casi inaudiblemente, como un cantar de cuna, sus títulos a nuestro homenaje:

Tengo una gracia para estar a vuestro lado:
he enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.
Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa,
sacando de Castilla la norma de belleza.

En otra ocasión ha dicho también: «Yo no soy una artista; lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido en mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social». Otras palabras suyas, asimismo recordadas por María de Maeztu, aclaran aún más su pensamiento. Hablando de un obrero indio de Méjico, donde tan eficazmente colaboró en la reforma de la enseñanza con Vasconcelos, otro gran educador, dijo esta honda verdad: «Distinta su casa de la mía, su oración de la mía. ¡No importa! El se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por falsa igualdad ciudadana, sino por esencia: es decir, absolutamente».

Este sentimiento de igualdad, de verdadera religiosidad, que en su pureza no es relación del hombre con las divinidades abstractas, sino con la divinidad en potencia que hay en cada uno de los demás hombres, es el que ha guiado a Gabriela Mistral en su apostolado docente. Existe un tipo de falsa cultura que envanece a los hombres y los aparta unos de otros. Un concepto estúpidamente erróneo de la enseñanza hace que el hombre que ha aprendido algo menosprecie al que lo ignora. Las llamadas «clases cultas» desdeñan olímpicamente a las incultas, como si el saber más o menos no fuera casi siempre un accidente del nacimiento y la fortuna. Todo el sistema de educación colabora a diferenciar, a «clasificar» a los hombres. Los mismos Estados procuran dar en sus escuelas una enseñanza que exagera, cuando no falsea, la historia nacional, presentándola como la más sublime de todas, siempre envidiada y rebajada por los otros pueblos. Así se forma y fomenta el nacionalismo, que es desmedida exaltación de la propia patria y desafecto, cuando no odio, por las ajenas. Así se elabora en la escuela y en el hogar, que la prolonga, el fermento de muchas grandes guerras. Si, como se ha dicho, con razón, la Alemania anterior a 1914 fué obra de sus